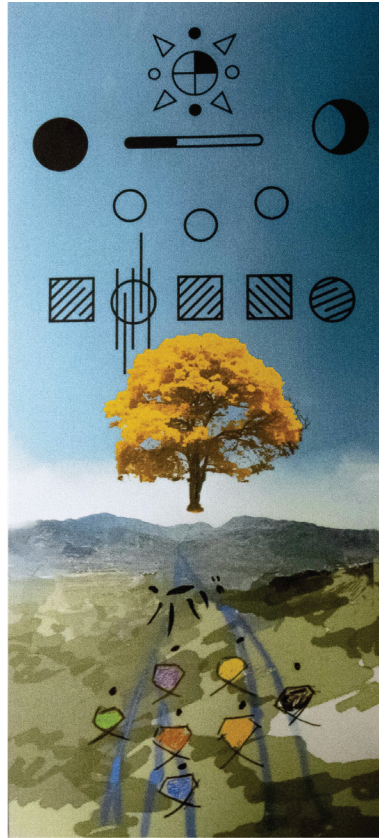
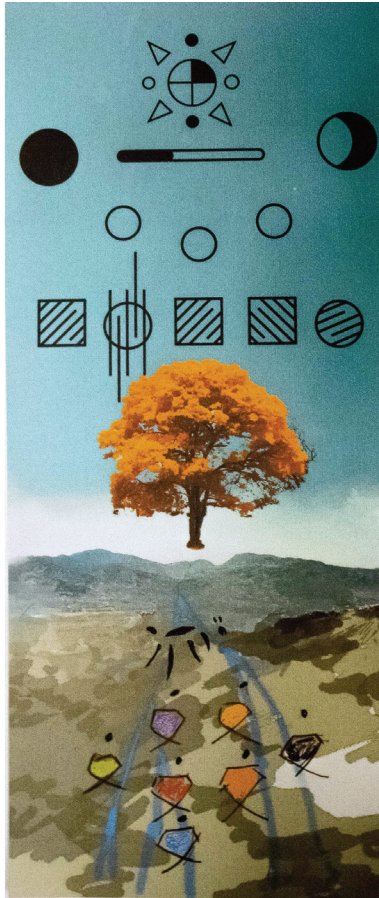
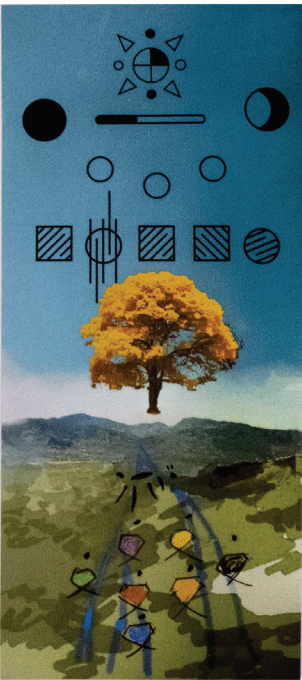




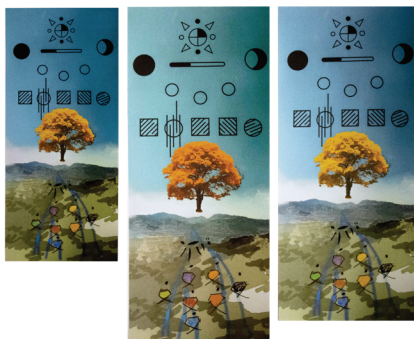
Leer *y* releer

Septiembre de 2021 • N.º 97



Confesiones de un lector

Juan Carlos Onetti



Ilustraciones: pinturas, dibujos y grabados de Andrés Henao Contreras
Portada: Sin título. Dibujo, 58 x 47,5 cm, 2018



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Vicerrectoría de Docencia

Sistema de Bibliotecas

Correo electrónico: german.sierra@udea.edu.co

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Distribución gratuita

Presentación

En estos artículos que ahora vienen en *Leer y releer*, que fueron publicados en diferentes periódicos y en distintas épocas, y que son apenas una muestra de muchos más que en 1995 se recogieron en el libro *Confesiones de un lector*, Juan Carlos Onetti (Uruguay 1909-Madrid 1994) despliega con gran maestría su misma manera de escribir cuentos y novelas. Su obra, que le dio más prestigio que premios y popularidad, fue y es disfrutada por no muchos lectores, dada su particular dificultad centrada, quizás, en su compleja imaginación plena de espacios por llenar, de tiempos lentos y sinuosos, del manejo en apariencia y en ocasiones enrevesado del lenguaje, y de personajes más angustiados que felices, como es, de verdad, en la vida y, por lo tanto, en el arte. No obstante, fue tenido por uno de los más importantes autores de su momento en Sudamérica, por no pocos de los representantes del llamado *boom* literario latinoamericano, además de otros autores, como los españoles Antonio Colina, Luis Cernuda y Antonio Muñoz Molina (de quien traemos al final el relato de un encuentro con el escritor en Madrid), y los argentinos Borges, Sábato, Bioy Casares y Arlt. Algunos se sintieron gratamente influenciados, de una forma o de otra, por el uruguayo. A él, particularmente, nunca

le interesó una cosa ni la otra. La popularidad y el público, lo mismo que la fama y el éxito lo traían sin cuidado.

En 1980, cuando recibió el Premio Cervantes, el más importante de su carrera, dijo, con la sinceridad, pero, también, con el ácido humor que caracterizaban sus palabras:

Yo nunca he sabido hablar ni bien ni regular. La elocuencia, atributo muy hispánico, me ha sido vedada. Hablo mal en privado, por eso hablo poco en las pequeñas reuniones de amigos, y hablo peor en público, por lo cual sería mejor para ustedes que no les dijera nada. Me resistí siempre a ofrecimientos, insistencias e incredulidades, sin saber que una fatalidad inexorable me obligaría a hablar públicamente, por primera vez, en España.

Queda claro, en ese comienzo de su corto discurso, en el cual sí elogió bellamente al *Quijote*, su gran timidez y su alejamiento de los públicos. Su verdadero apego era ante todo a la lectura y la escritura.

Las novelas que más se conocen de Juan Carlos Onetti son, quizás, *El pozo*, *El astillero* y *Juntacadáveres*. Pero son altamente elogiadas, al igual, *La vida breve* y la última que escribió, *Cuando ya no importe*. Además, claro, de sus cuentos, minuciosas tramas de personajes que nunca ceden casi nada a la realidad llena de complejidades y de extrañas coincidencias o doblajes que, normalmente, dan vueltas en la cabeza del lector, antes de su cabal entendimiento, u obligan a una segunda y hasta a una tercera lectura. (Tal como le sucedía a su amado William Faulkner, quien repetía, como único consejo, ante la desazón de sus lectores, que leyeran una vez más). Personajes oscuros y humeantes, pero llenos de la claridad que solo se encuentra en las obras de arte, cuando son de verdad.

Como articulista de prensa, poco se atuvo al acontecer diario, tan lleno de suciedades políticas y de crímenes (¿lo mismo?). Se refirió, por el contrario, a deliciosos comentarios literarios, elogios, semblanzas y bellas especulaciones de escritores y de obras, en los cuales el lector encuentra no pocas proximidades con su propia escritura. Y ahí está Faulkner, de quien se confiesa

directo heredero. La obra del norteamericano es exaltada grandemente por Onetti, quien adora a sus personajes, igualmente íntimos, relacionados con sus circunstancias de tal manera que, en sí mismos, constituyen una sociedad, unas formas de habitar el mundo, una ideología y quizás, finalmente, un grito. No exaltado, sino difuminado a lo largo de muchas páginas –en uno y en otro escritor– que van contando, paulatinamente, sus intimidades, sus conflictos, sus pequeños triunfos.

Luis Germán Sierra J.



Sin título. Pintura, 145 x 87 cm, 2020

Confesiones de un lector "de 2.00 a 2.15 p. m."

Mi primer encuentro con Faulkner fue peripatético. Este comienzo que parece prometedor de estremecimientos no es más que la imagen, el recuerdo de un pequeño accidente, de una casualidad. Una tarde, al salir de la oficina donde trabajaba pasé por una librería y compré el último número de *Sur*; revista fundada y mantenida por Victoria Ocampo. Creo que el nombre le fue sugerido por Ortega y Gasset. La intención del título fue desvirtuada porque *Sur* se convirtió –afortunadamente– en un instrumento que nos permitió conocer lo mejor de la literatura europea y la de Estados Unidos.

Se trató, reitero, de una casualidad porque yo leía la revista esporádicamente debido a que las poesías que publicaba eran intercambiables. Es decir: recogía poemas que parecían todos de un mismo autor. Cuántas veces jugué a dar a leer las poesías de un número cualquiera de la revista y, escondiendo el nombre del poeta, preguntar quién era. Fue una broma y una tortura para amigos y amigos.

Vuelvo atrás, recuerdo que abrí el ejemplar en la calle, encontré por primera vez en mi vida el nombre de William Faulkner. Había una presentación del escritor desconocido

y un cuento mal traducido al castellano. Comencé a leerlo y seguí caminando, fuera del mundo de peatones y automóviles, hasta que decidí meterme en un café para terminar el cuento, felizmente olvidado de quienes me estaban esperando. Volví a leerlo y el embrujo aumentó. Aumentó, y todos los críticos coinciden en que aún dura.

En muchos comentarios y sobre todo en solapas de libros, he visto las palabras alucinante o alucinado referidas a obras de Faulkner. Según mi diccionario, el término puede significar ceguera o engaño. Aquí recuerdo que Bernard Shaw se vanagloriaba de sus ojos que por ser totalmente normales eran anormales por cuanto es muy reducido el número de personas que disfrutan o padecen de una vista perfecta. El irlandés atribuía a esto el desconcierto y hasta las iras que provocaban sus comedias.

Al leer y releer a Faulkner es forzoso sospechar que su mirada era distinta a la nuestra, a la del común de los hombres, a la del común de los escritores. Detenida sobre paisajes, personas o circunstancias, veía algo más que lo percibido por nosotros. Dejando de lado lo que escribió por astucia o compromiso (*Sartoris*, *Gambito de caballo*, *El intruso en la riña*, *Los rateros*, etcétera) aquella mirada, cuando es totalmente faulkneriana tiene, sí, algo de ceguera y engaño. Aunque jamás recurra a lo sobrenatural, aunque parezca siempre aferrado a una realidad, nos deja la sensación de que el hombre solo veía de verdad un mundo propio, introducido sin esfuerzo en los mundos universales y ajenos.

De ahí que todo lo nombrado (panoramas, gente, anécdotas) resulte creíble pero fantasmal. El ejemplo más violento de lo que digo tal vez sea el reportero innominado de *Pylon*. Este, ausente y profundamente metido en el relato, hace pensar en el mismo Faulkner, capacitado para ver, vivir y mantenerse, a la vez, fuera de los hechos.

Si los lectores meditan podrán atribuir la misma cualidad fantasmal a los personajes más importantes de su obra y a sus mismas peripecias.

Pero lo que más me deslumbró y me unió en aquel primer encuentro con su genio fue aquella manera de largarse, como uno de los caballitos que creó para nosotros en *El villorrio*, él solo, seguro de que nadie podía acompañarlo o que no tenían lo necesario para enfrentar un fracaso idiomático, heredado, puesto para siempre frente a una barrera que maestros viejos habían colocado para reventar los morros de los potrillos audaces y nuevos.

Esa fue la historia y los siete años sin obras en los *bookstores* forman la más exacta apreciación de la cultura norteamericana en materia literaria.

Los hombrecitos del tren de regreso a las 5.15 p. m., polluelos del más feroz matriarcado conocido por la historia contemporánea, traían los viernes –puntuales– el libro del mes, el libro elegido por solteras o no solteras y tampoco satisfechas; el libro seleccionado por el pastor de cualquier iglesia antipapista y su rebaño feliz.

¿Cómo imaginar que un hombre sin pecado atravesara la sucia red puritana y llegara a casa llevando escondido en el portafolio un libro del maldito W. F., del sadista que había escrito *Santuario*?

De manera que no había más y ninguna *miss* tenía motivo para ruborizarse y ninguna *mistress* se privaba de leerlo cuando el ganapán respectivo comenzaba a roncar. Claro que nunca se trataba de una novela comprada en una librería y al aire libre; eran préstamos sigilosos de amigas y al diablo los derechos de autor.

Pero esta pobre gente no pensaba que en un rincón de Oxford o Memphis un maniático llamado William Faulkner persistía escribiendo libros incomparables que flotaban muy por encima de lo que ellos consideraban literatura.

Degenerado dentro de la sociedad norteamericana, no buscaba dólares; se contentaba con ser, párrafo tras párrafo, él mismo dentro de su genio o su locura; se contentaba –lo dijo– con un poco de tabaco, un poco de whisky sureño y su maravillosa soledad nocturna en un granero al borde de la

ruina, desbordante de marlos resecos, alfombrado por suciedad de gallinas.

La vida tiene una asombrosa imaginación y fuerza suficientes para inventar e imponer infiernos privados, efímeros paraísos subjetivos. Nadie sabrá nunca si el mencionado granero contenía un paraíso o un infierno para el amo y propietario de Yoknapatawpha. Ambas cosas, supongo. Todos los vicios ofrecen o imponen lo mismo. Ambas cosas, también, cuando uno está hundido en un amor, sin remisión. En el proyecto –inútil y fracasado antes de iniciarlo– de descubrir al hombre, debe tenerse en cuenta su timidez enfermiza, su corta estatura, su repugnancia y desdén por «la feria en la plaza», su obsesiva resolución de no permitir, en las pocas entrevistas que regaló a críticos y reporteros, ninguna pregunta de índole personal. Sabemos que tenía una hija adolescente cuando estuvo de paso en París, rumbo a Estocolmo y al cheque del premio. Pero no lo sabemos de verdad; se dice que la hermosa criatura había nacido mucho antes de su casamiento con una señora divorciada que aportó dos hijos al matrimonio; su nombre era Estelle Oldham Franklin.

El misterio que él usó como valla para que nadie penetrara en su vida privada fue mantenido por sus deudos. Nadie conoce la causa de su muerte. Se habló de una caída al intentar descender, en la madrugada o la mañana, los escalones de madera podrida del mencionado granero. Y, como en la canción de Stevenson, el bourbon hizo lo demás. El bourbon y los fantasmas que seguían poblándolo cuando consideró que la cuota diaria de escritura había terminado. Pero esto no está probado y tampoco interesa.

Los deudos, los Faulkners o Falkners, eran en Oxford tan importantes como los Sartoris, los Sutpen, los Compson, o Miss Emily Grierson –“una tradición, un deber y una preocupación”–, personaje de aquel cuento tan envidiado como inmortal: “Una rosa para Emily”. Tenían poderes feudales nacidos de los sufrimientos y la derrota del Sur en la Guerra de Secesión. Y sabían usarlos. Dócilmente, el doctor Martino escribió un certificado: falla del corazón.

De modo que ordenaron al *sheriff* que declarara persona no grata a todo periodista, curioso o admirador que se acercara a la casa blanca de Oxford, donde Faulkner vivió sus últimos años y en cuyo cementerio fue puesto a descansar, bajo un olmo ya quemado por el verano incipiente. Y el velatorio se hizo con el ataúd cerrado.

Como es natural e irremediable, al día siguiente de su muerte todas las agencias de noticias norteamericanas cubrieron el mundo con obituarios ditirámicos y desolados. Al fin y al cabo –aunque los redactores no lo hubieran leído nunca– se trataba de un Premio Nobel.

Pero este animal de estirpe extraña había dicho una vez: “Espero ser el único individuo del mundo que no haya dejado huellas de su paso”.

Los elogios, las interpretaciones críticas (“Entre los aplausos, entre los desdenes y las tonterías de la multitud”; y “la fama es siempre un malentendido”) habrían resbalado sobre su genio como una lluvia molesta que nos coge desprevenidos. Pero tal vez hubiera sonreído con ironía afectuosa de haber podido mirar los letreros colocados en los escaparates de los negocios de Oxford el día de su entierro:

En memoria de
William Faulkner
este negocio permanecerá cerrado
desde las 2.00 hasta las 2.15 p. m.
Julio 7 de 1962

Es decir: iquinze minutos sin ganar un mísero *cent*! El muerto no podría imaginar un homenaje mayor y más sacrificado que este de los pequeños *gold diggers* de su país.

(Abril de 1976)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 19-25.



Sin título. Grabado, 49,5 x 34,5 cm, 2011

Reflexiones de un lector

Se cuenta de Somerset Maugham que, estando una noche en una perdida estación de ferrocarril en la India, se encontró con que había dejado sus maletas en un tren que tardaría unas dos horas en llegar. Revisó sus bolsillos, leyó sus documentos, viejas cartas que conocía de memoria y, finalmente, tuvo que conformarse con la guía telefónica del oscuro pueblo, rodeado por la soledad y el veloz crepúsculo. Así estuvo, leyendo y releendo nombres a penas y apenas comprensibles hasta que llegó el maldito tren y con él sus maletas y con las maletas los libros que había llevado para su viaje. Después se quejó de que el pueblo tuviera tan pocos habitantes. Esto es lo que se llama un “lector omnívoro”.

Hace poco, Matilde Urrutia me confirmó que cada vez que Neruda salía de viaje ella le preparaba una maleta con novelas policiales. Estos son ejemplos que me permiten no avergonzarme de *mi* vicio público: leer en todo momento de inactividad, leer hasta que mis ojos protestan, allá por la madrugada, y es necesario tomar una pastilla y esperar otras “lecturas”, otras formas de soñar.

Confieso que tengo poco de lector selectivo; leo todo lo que cae en mi casa y me interesa. Aquí coincido con Neruda (ya que no puedo hacerlo en forma más alta) y mi “cultura”

en novelas y cuentos policiales, policíacos o detectivescos es bastante respetable.

Claro está que siempre trato de estar, por lo menos, informado respecto a las novedades literarias que nos llegan de otros países; casi siempre de Francia donde la técnica de la propaganda literaria es cosa admirable. Es posible afirmar que cada quinquenio surge allí –y ellos se encargan de propagarla a todos los esnobs de este mundo– una nueva moda, literaria o filosófica, y con frecuencia ambas cosas reunidas.

A finales de la guerra todo el mundo era existencialista; después tuvo gran éxito la aplicación del psicoanálisis a la literatura; después –y todavía– padecemos el estructuralismo crítico donde es tan fabuloso el número de los autollamados y tan parco el de los elegidos. Y es triste ver cómo estas modas pasan del predominio a la decadencia, cómo van retrocediendo en pocos años para ser sustituidas por otras que están condenadas a destino semejante. Hoy tenemos los nuevos filósofos, con los que nada tengo que ver por mi abismal ignorancia marxista y los últimos coleos del *nouveau roman* o literatura objetiva. Hace poco escuché a Robbe-Grillet en un coloquio realizado en Pau. Allí demostró una inteligencia y una egolatría extraordinarias. Y lo que él y otros han escrito sobre el *nouveau roman* resulta infinitamente superior a las obras, novelas y cuentos, que la moda mencionada ha producido.

Pero todo este prólogo lo es, en realidad, de un grito de alarma y protesta. Al parecer –y según se anuncia– los norteamericanos están tratando de imponer otra moda. No iban a ser siempre los franceses, Lafayette.

Ahora se trata de imponernos, como adecuada secuela del cine con (S) –inicial de sucio en frecuentes casos– una forma literaria que se revuelca gozosa en la inmundicia y nos dice que la vida es así, cuando en realidad es así la vida de quienes la escriben y la defienden.

Algún espécimen ha caído en mis manos y a las definiciones que nos llegan de algunos críticos puedo oponer otra: se toma un libro de algún menesteroso epígono de Henry Miller –que él sí, cuando quiere, demuestra talento–, se lo divide en trozos para no

indigestar, se envuelve cada uno en abundante jugo de excrementos, se agrega una buena dosis de “no saber escribir” y se sirve al público adecuado, al mismo público que goza con la triste y grotesca pornografía que puede encontrarse en tantos lugares nocturnos de este Madrid que he aprendido a querer. El buen éxito es seguro.

Es fácil deducir que esta nueva moda que nos invadirá muy pronto es mucho más peligrosa. Porque las que mencioné antes exigen un mínimo de cultura y de esfuerzo. Aquí no se necesita nada de eso. Hay tantos seres repugnantes con experiencias igualmente repelentes que basta con ponerlos a escribir (esto resultará sencillo) para que tengamos docenas y docenas de libros sobre la vida tal cual es. También es conveniente que el autor sea un borracho profesional, superior al cónsul de Lowry, y tanto mejor si es drogadicto. En Argentina se publicó un libro, *Así escriben los duros*, cuyo primer cuento es un magnífico ejemplo de lo que se nos viene encima. Anatole France aclaró que en literatura todo puede ser dicho a condición de que se sepa cómo decirlo. Muy pronto, temo y afirmo, no importará un ardite el cómo. O se buscará el que resulte más chocante e innoble.

Pasemos, como dicen. Hace poco estuve en una librería de viejo revolviendo libros, en busca de algunos que estuvieran de acuerdo con mis gustos y mi presupuesto; me acompañaba una chica que, al salir, me dijo:

—Usted no es un verdadero bibliófilo. Porque si lo fuera habría robado por lo menos un libro. Y me mostró, en la calle, su cartera abierta con un librito de edición preciosa.

—Larra —me dijo—. Ya lo tengo en casa, pero no puedo entrar en una librería sin llevarme algo de regalo.

No soy tan bibliófilo. El deporte de robar libros lo practico con mis amigos y ellos conmigo. Cuando hacemos balance, con algunas injurias, com probamos que la balanza de pagos está siempre más o menos equilibrada. Añado esto porque tengo miedo de que mi próxima incursión por hogares cordiales me depare la desagradable evidencia de que robé, distraído y con prisas, algún ejemplar de la nueva moda que profetizo.

(Noviembre de 1978)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 33-36

Reflexiones de un “revistero”

Ocupar un sitio microscópico en una revista de literatura cuya existencia parece largamente asegurada –dentro de las seguridades humanas– es cómodo y gratificante. Uno cree estar prestando un cierto apoyo a las buenas letras y son mínimos los sacrificios.

Pero yo quiero recordar aquí la larga historia de revistas número uno –así llamadas por que nunca pasaban del Año I-Número 1–. Ayudé en lo que pude a muchas de ellas y toleré que publicaran sin autorización –y huelga decir sin pago– escritos míos.

Considero útil analizar los porqués de estas efímeras publicaciones que, según compruebo, siguen apareciendo y apagándose como estrellas errantes, casi sin dar tiempo para que sus padres y parientes puedan expresar uno o tres deseos.

Claro que siempre hay un editorial titulado con insistencia “nuestra razón de ser” o “presentación”, donde se explica que la N.º 1 viene a llenar un vacío, nunca definido, tan odiado por los revisteros como por la naturaleza.

Estos son recuerdos, viejas experiencias vividas allá abajo, en el sur. Pero en estos días me ha llegado un N.º 1 impreso

en multicopista y en algún lugar de España. Como es natural y forzoso piden colaboración, suscripciones y se aceptan socios fundadores. No hay por qué contestar, ya que nadie será favorecido con la supuesta dicha de ver el N.º 2.

La génesis de estas simpáticas revistas es casi siempre la misma: hay un líder, un pequeño maestro que no encuentra cabida para sus obras en otras revistas o periódicos o editoriales. Este cabecilla, generalmente cacique de peñas literarias en mesas de café, hartado de que sus poemas –casi siempre se trata de poemas, de cuentos breves o fragmentos de novelas que nunca alcanzarán el alivio tan deseado que acarrea generosa la palabra “fin”–, este cabecilla, volvemos, hartado de ser escuchado solo por el grupo adolescente que lo rodea y admira, termina por sugerir con audacia, con fingida indiferencia, la propuesta desencadenante:

—¿Y si publicáramos una revista?

La fe y el entusiasmo, virtudes que con frecuencia son debilitadas por el paso de los años, acogen con regocijo la idea. Al fin y al cabo, ¿quién no tiene algunas líneas para publicar? ¿Quién de ellos puede dudar de un futuro prolífico y brillante?

Pero siempre se impone una pausa que puede durar muchas y muchas reuniones, aunque no frene el ya irresistible impulso: hay que bautizar la revista, hay que ponerse de acuerdo respecto a un nombre nunca usado, un nombre eufónico y pegadizo, pero, a la vez, original, acaso un poco sorprendente. Alto, sonoro y significativo. Por fin, luego de abundantes y amables riñas y rechazos, se llega a un acuerdo. Conocí en Buenos Aires el título proyectado para un N.º 1 que creo nonato y que, sin autorización, pongo a disposición de autores de futuros proyectos: *A Partir de Cero*. Un título adecuado, porque, a pesar de que los chicos prometan en “Nuestra razón de ser” que respetarán y tomarán aliento rastreando lo auténtico, telúrico e inmortal en las obras de nuestros padres literarios, en el fondo creen –o se estimulan mutuamente para no dejar de creer– que la Literatura, la vera e inmarcesible, nace con ellos. No hay antecedentes, estamos ante tierra virgen y hay que sembrar.

El tema, sugerido por los encantadores y desconocidos

remitentes del N.º 1 mencionado, me obliga a repetirme, me induce a recordar, una vez más, aquella definición famosa: “Los jóvenes que se acercan a la literatura pueden dividirse en dos grandes categorías: los que quieren llegar a ser escritores y los que simplemente quieren escribir. Solo respeto a estos últimos”.

Y, como todos sabemos, pero no lo publicamos con nombre y apellidos, la sentencia no es aplicable solamente a los jóvenes. No escasean adultos sin regreso que mantienen a fuerza de voluntad el afán de ser escritores; para ellos, libro tras libro, estilo tras estilo, moda tras moda, lo importante, la meta, es alcanzar nombradía, prestigio, popularidad acaso. (Conocí a un señor que logró que su pasaporte proclamara: Profesión: Poeta).

A los interesantes e impacientes creadores de N.º 1 les aconsejo leer o releer las *Cartas a un joven poeta* de Rilke. Bastará con la primera, donde se prohíbe escribir si no se siente que el deseo es imperativo e imposible de postergar. Una necesidad, vamos. Porque los que se proponen llegar a ser escritores y continuar siéndolo, se han tomado en serio la frase sobre la genialidad que reza: Un 99 % de transpiración y un 1 % de inspiración. (No estoy seguro de que estos porcentajes sean exactos). Y se obligan, con horario de oficina, a sentarse frente a la máquina o el papel en blanco hasta cumplir la cuota cotidiana, sudando y amargándose horas que podrían ser gratas dedicadas a placeres o al placer de no hacer nada.

Es sabido que los N.º 1 fallecen siempre por razones económicas; pero también ayudan al tránsito las envidias y los desencantos dentro del grupo promotor. También sería bueno pensar –antes que en el título– que si una publicación de la importancia mundial de *Revista de Occidente* o de *Sur* han desaparecido, pocas esperanzas de larga vida pueden tener las recién nacidas, cuando sus orígenes son la pequeña vanidad y la pasajera excitación.

Como ocurre siempre, hay otra cara de la moneda: más de un escritor de talento indudable comenzó enviando sus cuartillas a la N.º 1 de turno.

(1 de enero de 1979)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 41-44



Sin título. Grabado, 49,5 x 34,5 cm, 2011

Reflexiones de un perdedor

Cuando la gente habla de la obra genial de Proust, sin el requisito de haberla leído, claro, está pensando que el título *En busca del tiempo perdido* significa –como es verdad– que el autor quiso rescatar las horas desperdigadas en celar a Albertina o divagar por los salones del *fauburg* St. Germain. También las horas de su infancia, pubertad y adolescencia: cuando amaba con forzoso y empecinado platonismo la palabra Guermantes, toda la riqueza poética y heráldica que le daba belleza y erotismo y que sustituía con buen éxito a la misma duquesa, compendio enteramente satisfactorio de un estrato social.

Pero Proust, probablemente, no pensaba que su trabajo anhelante, entre vaharadas de vapor y medicinas, encamado y sudoroso, era también tiempo perdido. Por lo menos para él. Porque si no es cierto que todo tiempo pasado fue mejor, es irrefutable que siempre fue perdido. Perdido y para siempre para el que lo vivió o lo está viviendo, pues ya todos sabemos que la división entre pasado y presente y futuro solo es una línea sin espesor.

La última palabra que acabo de escribir ya está en el pasado irrecuperable; como lo estará de inmediato para quien la lea.

Claro es que si todo tiempo es principio de pasado, diversas son las formas de perderlo. Las hay, en su gran mayoría, perfectamente egoístas, simples maneras de distraerse, de estar “haciendo tiempo”, como es común decir, aunque se trate en realidad de acelerar su paso por medio del olvido.

El motivo de este artículo es indigno del prólogo que hasta aquí se arrastra. Porque quiero hablar y quejarme en vano de pérdidas personales, semimateriales, que he ido sufriendo a medida que practicaba –con entusiasmo o inercia– este oficio, esta absurda aventura humana que se llama vivir.

Tendría muchas quejas que presentar, muchos reproches que hacerme, larga y melancólica enumeración de tantas cosas perdidas. Pero veo que estoy rodeado de libros –en estantes, sillas, alféizares, parkés y camas–. Por eso recuerdo las cuatro bibliotecas que perdí para siempre; porque cada vez que tuve que irme dejé todo atrás; y hoy, aparte de personas que fueron así y ya son de otra manera, lo que más lamento es la ausencia definitiva de los libros que fui juntando por diversos medios, incluyendo los comprados al contado o a créditos generosos y confiados.

Y no es que haya perdido en mis forzosos desplazamientos libros valiosos, joyas de bibliómanos. En realidad, los que más extraño son aquellos ya sin tapas ni lomos, descuajeringados a fuerza de releerlos y prestarlos. Obras completas de Balzac, Cervantes, Shakespeare, Dostoievski, Proust. Pongo en primer lugar los que me acicateaban con envidia por su extensión y calidad. Después –*last but not least*– los volúmenes de menor importancia, pero muy queridos por razones difíciles de explicar. Ternura, afinidad, simpatía. Recuerdo –adecuada tarde de invierno y lluvia para rememorar– unos cuantos Faulkner, Cendrars, Hammett, Caspary, Céline, Bradbury (el único cienciaficcionista que me interesa), Saki, Dunsany. Y termino, sin los adecuados puntos suspensivos que detesto, porque a medida que voy agregando nombres surgen otros, tan dignos de ser recordados como aquellos.

(Un paréntesis: antes de instalarme en Madrid visité varios pisos; muchos tenían su aparato de televisión o, por lo menos,

la antena correspondiente; en ninguno vi un mueble biblioteca. Lo que coincide con los resultados de los sondeos sobre lectores y televidentes).

También se perdieron libros dedicados por autores amigos y desconocidos. Pero me están llegando otros y sus autores se van convirtiendo, poco a poco, página a página, en nuevos amigos.

Fui durante años director de las bibliotecas municipales de Montevideo. Como todas las tareas culturales en los países de Hispanoamérica, la mía fue frenada en gran parte por el universal e invencible argumento: falta de rubros. Comprendo que la misión principal de un municipio o ayuntamiento es mantener limpia la ciudad. Pero si dentro del organismo se presupuesta una Dirección de Bibliotecas es lógico que todo ciudadano de buena fe piense que las bibliotecas se fundan para atender con dignidad las necesidades del público. Se requieren locales adecuados –he visitado con asombro y amargura las bibliotecas populares de Washington–, personal especializado y, oh, Perogrullo, libros. Es imprescindible que el acervo de una biblioteca se mantenga al día en sus distintas secciones; también lo es, en el continente mencionado, que se conozcan los libros de los países vecinos, a los que se acostumbra a llamar hermanos y de los que se ignora casi todo, con excepción de su historia –casi común en la mayoría de los aspectos– y de la actualidad que publican (o no) los periódicos.

Ahora, a cambio de las pérdidas, hallo consuelo en numerosas bibliotecas populares de esta ciudad. Lástima que se practique el sistema de biblioteca “cerrada”, sistema que impide el gozo de revolver libros y seleccionarlos no solo por títulos y autores, sino por un par de páginas abiertas al azar y conteniendo promesas de horas placenteras que muchas veces se cumplen.

Con respecto a los bibliotecarios, algunos conocí que, en cuanto lograban dominar un método de clasificación –Sistema Decimal, Vaticano, Washington, o cócteles de los mismos–, se otorgaban patentes de intelectuales y eruditos en todas las ramas del saber humano. Pero esta graciosa y leve megalomanía ocurre además en muy diversas actividades, aunque muy poco tengan que ver con la cultura.

En cambio, conocí, ejemplo inmortal, a una chica de trece o catorce años que se ofreció para disponer por nombres de autores varios centenares de libros que acababan de llegar, nueva mudanza, al último domicilio que tuve en Montevideo. Ella sabía leer y escribir, recitaba de memoria el alfabeto. ¿Para qué más? Le di las gracias y le dije que se pusiera al trabajo. Unos días después me anunció que la biblioteca ya estaba ordenada. Para darle gusto fui a pasar revista, y me encontré que la letra J reunía amorosamente, tal como estarán algunos años en el Olimpo, a Joyce, Rulfo, Cocteau, Jiménez, Edwards, Le Carré, Swif, Cortázar, Borges, etcétera.

No pude molestarme, solo agradecer. Porque aquella niña había hollado un terreno que los ángeles vacilan en pisar. Desenfadada, segura y orgullosa casi se tuteaba con el ancho mundo literario, usando los familiares nombres de pila en su trato con, para ella, desconocidos autores, viejos y jóvenes mandarines de las letras.

Pero creo que ya es tiempo de volver al tiempo, como ya dije, siempre perdido. ¿Quién no tuvo –él también– el impulso de gritar detente al dichoso momento fugaz?

Y perdido sin remedio porque la reconquista del momento que se hunde en la pérdida, apenas vivido, por medio de la reiteración de hechos y circunstancias, no puede ser más que una segunda experiencia. Se trata, en suma, de otro momento. El cual ya se está hundiendo en el pasado.

La única tímida y tramposa esperanza de salvación la veo en el lema del escudo que creo fue de los San Martín:

*Vive tu vida de tal suerte
que viva quede en la muerte.*

Y en cuanto a mis libros perdidos me pregunto con frecuencia, nerudianamente:

*¿Dónde estarán
entre qué manos
mostrando qué palabras?*

(Enero de 1979)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 45-50

Reflexiones de un poeta

Eran tiempos de tolerada licencia, y dioses y demiurgos cumplían sus caprichos bélicos y lujuriosos descendiendo del Olimpo a Tierra y regresando una vez satisfechos sus designios dudosos.

Aunque resulte extraño en estos días de España, tan llena de generosos premios literarios, la única recompensa que los desenfadados dioses otorgaban a los poetas consistía en dejarlos poblar en una isla que luego fue griega. Se llamaba Parnaso y mantuvo este nombre hasta que un escritor la visitó y le dio nueva inmortalidad. En un folletón redactado de manera admirable, casi perfecta, este inglés, llamado Larry Durrel, la bautizó Likari.

Es posible que me equivoque; pero dudo de la existencia de nadie capaz de releer *El cuarteto de Alejandría* para desmentirme.

Como es sabido, el Parnaso fue frecuentado por sombras augustas. Los inevitables Homero, Dante y Shakespeare divagaban, sombras inmortales y ya presentidas, entre olivos, laureles, mirtos, pinares, asfódelos y malas hierbas. No escaseaban los poetas menores, casi todos favoritos de Minerva; con la aquiescencia de Júpiter-Zeus, dios del Olimpo, que, como todo dictador que en la Tierra ha sido, era guardián de la ley,



Sin título. Pintura, 100 x 100 cm, 2011

de la justicia y de la libertad. Lo confirma el diccionario. Lo reafirman los telegramas que publican hoy los periódicos.

Este paseo por inexistentes tiempos remotos lo juzgué necesario como antecedente de los actuales Parnasos y como vara para medir.

Y procedí honradamente al mencionar los periódicos, pues gracias a ellos está naciendo este artículo. Gracias también a un espectador amigo, ubicuo e imparcial, que me ha revelado los detalles increíbles.

Los poetas de todo el mundo, unidos por las letras PEN u otra sigla que ignoro, se cartearon, se reunieron, conspiraron para obtener (en este año del niño) permiso y vía libre para que les fuera concedido uso y abuso de un corto pero fecundo parnasito. Basta mirar con atención el rostro de Juan Pablo II para saber que, entre la multitud de admirables atributos que le han sido dados, no está ausente la ironía.

Única condición: los futuros parnasianos, cualquiera que fuese la escuela poética que hubieran elegido o creado, debían reunirse alejados de la Ciudad Eterna.

Ostia. De manera que las voces canoras se fueron a Ostia para celebrar el primer festival internacional de la poesía. En fin, lograron un parnasito de tres días. Milosz, juro, no estaba.

O casi, porque curiosamente Ostia tiene habitantes y muy pocos de ellos se alimentan con versos. Groseros, quieren comer comida. Y los tiempos no están para endecasílabos ni sonetos.

Comenzó la fiesta y un amigo de Berlinguer anunció que era el primer poeta del mundo. Ahora bien, en ruso, poeta y payaso tienen fonética parecida. Por no ser poeta nos perdimos la oposición o disidencia de Salvador Dalí.

De modo que el poeta condenado por sorteo trepó al tablado de la vieja farsa, ya en estado de derrumbe, y comenzó a estentorear uno de sus poemas, tal vez el último.

Y esto fue la voz de orden para que robustos campesinos y fuertes Dulcineas alzarán hasta el micrófono el grito plebeyo, irrespetuoso e imposible de convertir en motivo de disputa literaria: “No queremos poesía, queremos comer”. Y

lo confirmaron desplazando al vate y colocando en mitad de escena una enorme olla de cocido o puchero, de las que se hacían y manducaban nuestros abuelos.

La gente –los poetas que viven por encima del término vulgar–, los vecinos de Ostia, murmurando ostias de satisfacción, comieron hasta saciarse y se ignora si alguno de los miembros del congreso cedió también a la debilidad o a la gula.

Y así, entre poemas pertenecientes a la nueva poesía (que ignoro o salteo) y las invasiones del pueblo al tablao, se cumplió la etapa primera del congreso. No sé si hubo otras. Solo supe del desbande final, en viaje oportuno hacia las estrellas. Me resulta cortés no dar nombres. Solo mencionaré a Ginsberg, que ya no puede molestarse por nada y que, al parecer, fue el único parnasiano que encontró musa.

Esto pasó y Ostia debe haber quedado abundante de chismes que nunca llegarán a mis ávidos oídos. Pero este congreso me repica una muy vieja pregunta; pregunta que he reiterado sin obtener nunca una respuesta que me satisfaga.

Comencemos, si no molesta, desde mi principio. En Santa María, en sus campos y estancias o fundos, abundó en un tiempo el payador. Hombre melenudo, con vincha en la frente y serio consigo mismo hasta la hora fraternal del mate y la caña. Ahora me han dicho que se bautiza cantautor –neologismo que España ignora–. Este hombre, después del asado, cantaba cosas así:

“La Luna se hizo con agua / tan blanca como tu enagua”.

Por ese amoroso trabajito de pulsar cuerdas y desesperarse con disimulo mientras buscaba consonantes, era conocido como “el pueta” en toda la extensión campera de la pequeña e inolvidable Santa María. No vale la pena buscar antecedentes, porque el buen hombre no cantaba antes. Tal vez los tuviera, pero policiales. Esto lo haría más respetable, más “pueta”.

Antes de olvidarlo anoto aquí que el cantautor de mis tiempos rurales no trabajaba nunca. Pagaba la vida con sus estrofas. Algo de esto puede notarse en sus descendientes. Y además no le molestaba que ambularan colegas suyos, defendiéndose del hambre, el frío y la soltería por la mitad norte del país. Pero no

debemos olvidar que el “pueta” lo era por consenso general de los habitantes de los rancheríos.

Luego me trajeron a la capital, ya en edad de leer y comenzar a sentir y juzgar. Fue entonces cuando me di cuenta de que Santa María solo ha tenido, en un siglo, un gran poeta: Julio Herrera y Reissig, que vivió permanentemente desterrado en su tierra, ausente de su ciudad (de la que nunca salió), como si Santa María no hubiera existido jamás. ¿Jueces? Yo y todas las personas inteligentes, que son inteligentes por coincidir conmigo. No conozco otro sistema de opinión que me resulte creíble.

Pero ya en mi juventud me fui enterando de que el poeta Juan Pérez iba a leer sus poesías (en público, claro) y que José Fulánez, vate exquisito, acababa de lanzar a la expectativa admiradora su último *Florilegio poemático*.

Abundaron sucesos semejantes y surgió sin remedio la pregunta que me sigue preocupando. ¿Quién decidió que Juan Pérez, por el hecho de escribir y publicar en líneas cortas, cuyas terminaciones silábicas eran iguales a las otras líneas siguientes, era poeta? ¿Bastaba ese juego de ingenio para declarar poeta al firmante?

Alguien ha dicho que «los verdaderos poetas son muy pocos y que esos pocos lo son de verdad muy pocas veces». Sin embargo, parece ser que todos los que se reunieron en Ostia eran poetas y que –ollas aparte– la poesía es para ellos el pan de todos los días. ¿Por qué no? Si el sucio anciano borracho de Bukowski es un respetable escritor y un guía para la juventud de su país, ya todo es posible. Y también simple, porque la solución, única, intransferible, dice así:

Poeta es el que escribe unas cosas –no necesariamente en verso– que despiertan en mí unas misteriosas sensaciones, que llamo poéticas, porque no hay otra palabra para nombrarlas. Y punto.

(Agosto de 1979)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 85-90

Reflexiones sobre Alicia

Hoy debo internarme en el tema por camino oblicuo, hollando con pie leve un terreno que los ángeles no se atreven a pisar.

Estaba leyendo esta mañana las conferencias sobre escritores que pronunció V. Nabokov (y cuya lectura recomiendo con entusiasmo a quien convenga), cuando fui interrumpido por la gran noticia: el sacerdote y matemático autor llamado Lewis Carroll nunca escribió *Alicia en el país de las maravillas*; autora fue Su Majestad la Reina Victoria. Esta revelación estremecedora es obsequio a la Humanidad de Man David Rosenbaum, sus acólitos y una computadora.

Detrás hay una sociedad de estudios históricos, diez audaces revolucionarios y, repito, una computadora cuya marca no ha sido revelada. Amén de doce años de trabajo. Ya volveré sobre esto. Claro que ahora el tema es bien mostrenco y cualquier escriba como yo puede manipularlo a su gusto y paciencia de lectores.

La casualidad que unió mi lectura de las, gracias a Dios, respirables conferencias de Nabokov con la información sobre Man Rosenbaum debe, pido, serme perdonada porque el libro *Lolita*, que hizo célebre y rico al entomólogo Nabokov es una glorificación del desesperado amor de un adulto por una niña. De ahí surgió la palabra lolitismo que tendré que emplear y manejar en estas páginas. Por otra parte, la coincidencia matinal

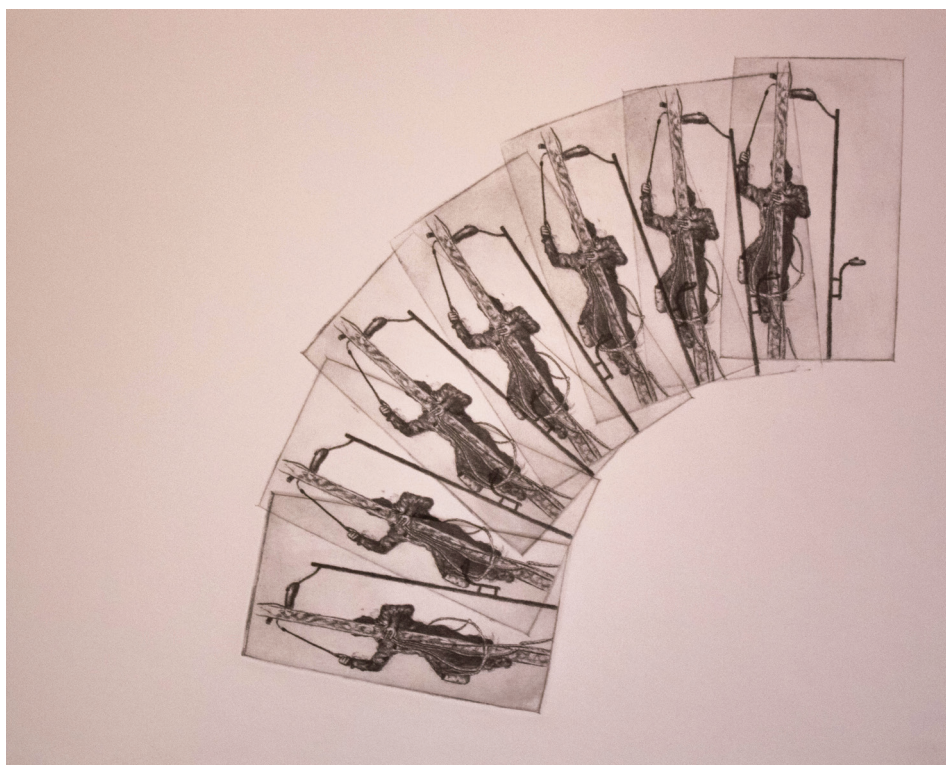
que me hizo pasar de Nabokov a Carroll es insignificante si se la compara con el grotesco desfile de casualidades e incongruencias que contiene la mencionada novela *Lolita*. Basta recordar que el personaje narrador, el por otra parte comprensible H. H., que aceptó la tortura del matrimonio para acercarse a Lolita, hija de su esposa, lleva un diario en el que confiesa y reitera su intenso deseo de enviar al otro mundo a la “gorda vaca” con que está casado. Y como es natural para lectores tontos o guionistas apresurados, el diario llega a las pezuñas vacunas de la madre del calificable amor de H. H. Aquel que esté libre de Freud puede arrojar la primera piedra.

Y, claro, cuando la Aberdeen Angus se acerca a un buzón de correos para transmitir al universo las pruebas de la infamia de H. H., reaparece la casualidad en forma de un automóvil asesino y el ya nuestro y un poco cómico H. H. se apodera de las cartas delatoras en la mismísima boca voraz del buzón. Y aquí termina con felicidad la primera etapa del novelón. El resto es una peregrinación de interés geográfico por la vastedad de U.S.A., y el final es digno de haber sido escrito por Mike Spillane.

Reconozco a Nabokov el mérito o la culpa de haber denunciado en su *Lolita* algo tan viejo como el lolitismo, amplio terreno para psiquiatras. Pero, aunque su H. H. lo proclame y padezca no es o fue nunca un lolitero puro y sin mancha. Sería muy fácil demostrarlo.

En cambio, el amor de Carroll por las niñas queda establecido en sus propias palabras: “El impulso reverencial que uno siente ante la presencia de un espíritu que acaba de salir de las manos de Dios, sobre el cual no ha caído aún la sombra del pecado ni apenas una finísima franja de la sombra del dolor”. Y luego: “Pienso que la primera actitud de un niño hacia el mundo es un sencillo amor por todas las cosas vivientes”.

Pero pasemos. Porque la computadora de Man Rosenbaum, luego de doce años de trabajo analítico y comparativo, acaba de sentenciar: “*Alicia en el país de las maravillas* no fue escrita por un sacerdote y matemático, sino por S. M. la Reina Victoria”.



Sin título. Grabado, 32 x 24,5 cm, 2014

Uno de los principales argumentos dictados por la maquina es que Su Majestad subrayaba habitualmente muchas palabras en su correspondencia, cosa que Carroll se abstenía de hacer. Pero ocurre que los nuevos, tan útiles y amenazadores, inventos no han logrado aún uno de sus grandes objetivos civilizadores: la muerte del libro. Porque tengo en mi poder una biografía de Carroll-Dodgson donde se dice textualmente: “Al igual que su madre, el biografiado acostumbraba subrayar muchas palabras en su correspondencia”. No convencido por la tontería doceañera de los revisionistas subsidiados por la Continental Historical Society de San Francisco y sin más ayuda que la de algunos libros y el sentido común afirmo que el autor de ese brillante desfile de absurdos y falsos milagros solo puede ser un cerebro felizmente invadido y conquistado por el amor: el de Carroll-Dodgson, inocente precursor del vil H. H.

Al leer la abundante correspondencia que hubo entre la Reina Victoria y Alfred Tennyson, solo encuentro de parte de Su Majestad un carácter ultraserio: nada de ñoñería ni de inventiva. Sorpresivamente nos encontramos en estas cartas con el nombre de Alicia. Pero que no se hagan ilusiones en la Continental Historical Society, porque Su Majestad se refiere a su hija, la Princesa Alicia, a la que martirizó en su educación con todo el rigor victoriano que aplicó a sus numerosos hijos.

Por otra parte, S. M. Victoria, vía Disraeli, estaba totalmente inmersa en la invasión y conquista de países, barbarie más o menos, y agregar el imperio a su reino. Disraeli había logrado el poder a fuerza de abandonar la sinagoga para meterse en una iglesia cristiana y cambiar de partido varias veces. No se sabe cuál de los dioses lo protegió; el hecho es que fue recompensado con un negocio que aún lleva el nombre de Canal de Suez. Nos lo recuerda Osear Wilde en una de sus obras teatrales: *Un marido ideal*, según creo.

Y, mientras Su Majestad guardaba luto, enferma, por la muerte de su joven marido, Carroll-Dodgson paseaba en barca con Alicia y otras amiguitas. Y fue en uno de esos atardeceres bucólicos sobre la placidez del río que Carroll improvisó, para

deleite y atención de las pequeñas, el cuento de origen discutido. Juro que comenzaba así: “Érase una vez una niña llamada Alicia...”. Y la niña aplaudió e hizo prometer al remero que escribiría el cuento. Este éxito determinó que aquella noche, hasta el alba, Carroll trocara el sueño por la escritura con el resultado que todos conocemos y hoy Frisco quiere birlarle.

Algún tiempo después, Carroll-Dodgson ya no era solo sacerdote y matemático; había agregado a sus títulos el de fotógrafo aficionado. Y tan aficionado que adelgazó su pobre peculio comprando placas para retratar en cien poses a su amada Alicia. Tengo ante mis ojos una foto de Alicia semivestida con una camisilla andrajosa; y es una buena fotografía y Alicia está preciosa. El retrato fue bautizado “La pequeña mendiga”. Y no solo esto, tan disculpable, sino que hizo varios intentos para que S. A. Alberto, Príncipe de Gales, se aquietara frente a su objetivo, siendo rechazado siempre. Otro artista fracasado por falta de apoyo del poder. Para superar esta frustración, Lewis Carroll se dedicó afanosamente a fotografiar niñas desnudas, lo cual era bastante común en aquella época, para el envío de tarjetas postales y de esta manera retrató a algunas niñas de familias amigas. Hasta que, entusiasmado, solicitó permiso para hacer lo mismo con una hermanita mayor, que tenía ya más de once años. La negativa de la madre fue terminante y L. Carroll se mostró ofendido y suspendió sus relaciones con la familia.

Lewis Carroll era lolitero sin mácula, físicamente platónico. Pero no total. La misma levedad que rogué humildemente para mis pies al comenzar esta nota, la coloco sin vacilar en la yema de los dedos de Lewis Carroll cuando acariciaba la frescura preadolescente de las mejillas de Alicia.

Le tocó en suerte una suegra improbable que sospechó, intrigó y llegó a la prohibición abierta. Aquellos paseos en barca de Alicia, sus hermanitas y el sacerdote matemático y ahora fotógrafo no eran, decididamente, de su agrado. Nunca engaña el corazón de una madre. De modo que dictó el veto que el remero comenta en su diario con estas palabras: “Mayo 1864: durante las últimas semanas he pedido en vano permiso

para llevar las niñas al río, es decir, Alicia, Edith y Rhoda, pero la señora Liddell no permite que vaya ninguna en el futuro; una precaución más bien superflua”.

Y, para concluir, debo expresar mi extrañeza por el hecho de que ni Man David ni sus diez colaboradores ni la mismísima computadora conocieran esta muy vieja anécdota: cuando Lewis Carroll publicó su *Alicia* hizo llegar un ejemplar a la Reina, o Reina Emperatriz. Y tanto le gustó a Su Majestad, que casi hizo cuestión de Estado que le enviaran en cuanto saliera de prensas el próximo libro del mismo autor. A los pocos meses le enviaron un tratado de altas matemáticas.

Adiós, Alicia; te abandono porque estoy ansioso por conocer el resultado de las elecciones que celebran en estos momentos los libres ciudadanos de la URSS. ¿Quién ganará?

(Marzo de 1984)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 239-244

Dos hombres en Toulouse

Tal vez sea un corto ataque de nostalgia nacido por la primavera que asoma allá en el sur. Tal vez me desconcierte la noticia de que en Toulouse celebrarán durante dos o tres meses un homenaje a Carlos Gardel, un cantor de tangos que sí tenía voz y nunca supo de coca-colas.

Sabios historiadores, por lo menos de tres países, disputan sobre cuál fue el lugar donde «mi viejita» echó al mundo a este futuro hombre que llegaría a ser incomparable –a pesar de penosas tentativas– cantor de tangos rioplatenses.

Porque las veces, pocas y olvidables, que se rebajó a horrores como rubias de Nueva York o soles tropicales o los ojos de mi moza fue sencillamente repugnante. Y hasta cantó en un idioma que él y su corte creían que era casi pariente del francés. Todos sus maravillosos aciertos, todas sus vergonzosas burradas le significaron millones. En cualquier moneda de curso legal. Biógrafos, exégetas, coinciden en que nunca se le conocieron amores con nombre y apellido. Pero este amor por la *guita* fue inocultable y proclamado sin pudor.

Algunos psicólogos, psiquiatras, sociólogos, explican esta clase de ambición y avaricia desbordadas como consecuencia

de pobreza en la infancia. Gardel no ha sido, para mi conocimiento, el único ejemplo que confirma esa teoría. En los archivos policiales de la calle Moreno, Buenos Aires, capital federal, permanece Gardel, Carlos, 15 años, ladronzuelo de mercado. Es indudable que se trata del mercado donde Gardel niño robó para comer y luego inició su carrera de cantor. Fue “el morocho del Abasto” sin más ayuda o patrocinio que su voz y una guitarra.

Mucho puedo escribir sobre temas gardelianos. Pero, si me fuera posible aconsejar a los negociantes que organizan este anunciado trimestre recordatorio, les rogaría paciencia y una espera de algunos meses. En el día de San Juan de 1985 muchos países celebrarán los cincuenta años de la muerte del cantor.

Mientras tanto, pido enterarse de que allí mismo, en Toulouse, vive y escribe y se gana la vida Augusto Roa Bastos.

Sé muy bien que cuando escribo la palabra Gardel todos mis lectores sabrán qué significa. Sus interpretaciones serán muy diversas y todas respetables por carencia de pruebas. Es indudable que la inmensa mayoría, nada silenciosa, afirma que cada día canta mejor.

Pero mis lectores preferidos también saben a quién nombro, qué digo con estas tres palabras: Augusto Roa Bastos.

Leí varias novelas sobre pundonorosos y civiles que llegaron a dictar su ignorancia y crueldad sobre tantas repúblicas de América la pobre, la miserable, convertidas en republiquetas por su ambición y su cinismo. Su olvido de los escrúpulos inseparables de la buena condición humana, que, si duele, aconsejo elevar las quejas al gran rey de Borgoña, a Mongus Aurelius, a cualquier personaje inexistente. Porque los escrúpulos morales se han convertido en productos que desde tiempo atrás rebasaron su fecha de caducidad. Basta con pensar en hornos crematorios, en los presos de la nieve siberiana, en los palestinos asesinados. Basta con leer la prensa de todos los días.

Pero, querido Augusto, me alejé de ti por mi mala costumbre de divagar. Y está bien que al pretender escribir aludiéndote, tanta tristeza y pesimismo me asalten por contraste.



Sin título. Dibujo, 34,5 x 32,5 cm, 2011

Las novelas sobre los tragicómicos julio-césares que nos han tocado en desgracia. Tan fabulosamente separados e incompatibles me asaltan ahora dos nombres: Anatole France y Valle-Inclán. Don Ramón de España que admiro, respeto y declaro exento de toda trilogía, escribió *Tirano Banderas*; France escribió que el plagio es perdonable cuando está seguido de asesinato. El libro nos habla de la muerte de Banderas; solo la Historia podrá decirnos si literariamente fue asesinado.

No es que don Ramón haya descubierto el tema. Retrocedo y me quedo en Suetonio y su *Las vidas de los doce Césares*, pero estoy seguro de que tiene antecedentes.

Augusto Roa Bastos no podrá ser acusado de plagio ni asesinato. Porque apartándose de numerosas, y algunas excelentes, obras que se hayan escrito sobre tiranos, él hizo algo distinto: en lugar de escribir sobre un canalla de turno, que alguna vez se llamó ilustrado, escribió *en*. Se introdujo en la piel, los huesos, el pasado y el presente de un tirano anómalo. Fue el dictador Francia, lo obligó a dictarle sus pensamientos y recuerdos, fue *Yo, el Supremo*.

Y así, como un doctor Jekyll por voluntad y sin drogas, Roa Bastos se transformó en José Gaspar de Francia durante meses o años de su trabajo de prosista admirable.

Por esto, sin intención de restar aplausos a la memoria de Gardel, sin disputar que fue lo más alto que ha producido el donde cantar tangos, pido al ayuntamiento de Toulouse, a los organizadores del trimestre, recordar que allí vive en olvido y pobreza, con pasaporte español, uno de los más grandes escritores en idioma castellano que he podido conocer en este final de siglo.

Y es tan bueno el libro que historiadores abundantes en talento y fantasía afirman que *Yo, el Supremo* no pudo ser escrito por Roa Bastos. Aseguran tener pruebas de que cuando el falso autor inició la escritura del libro, don José Gaspar de Francia lo hizo fusilar junto a un naranjo enano, envió el cadáver a Europa y dedicó sus ratos de ocio a escribir el libro. Me informan desde Asunción que los funcionarios que integran la magistratura se

reúnen diariamente cuando el sol empieza a perdonar, y cada uno se inventa un respiro, antes de que la ciudad se estremezca con el frío nocturno, para discutir y fallar a quién corresponden los derechos de autor.

Escrito en estos días, cuando oigo noticias, rumores, de que no es imposible que lleguen a su fin treinta años de infamia.

(Octubre de 1984)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 277-281

Otro obsceno pájaro nocturno

Cierta fosca medianoche, mientras luchaba con el insomnio a brazo partido, pero sin fracturas, oí un repiqueteo en el cristal de mi ventana.

Me declaré durmiente vencido y espíe; bajo la lluvia o garúa un gran pájaro de presa interrumpía los picotazos para repetir: “Ore, ore, ore...”. No demoré más de un minuto en reconocerlo y abrir del todo la ventana. Era mi amigo de la infancia, el viejo Never More, única ave inmortal, bendición o condena de la que estaba orgulloso aunque disimulara. Durante la charla, que duró hasta el final de la noche, cloqueó una vez sin esconder el triunfo: “Porque, dios y todo, el cisne de Leda nunca murió de consunción. Y la alondra de Shelley nunca pasó de pretexto literario. Yo, en cambio, aun pronunciando el inglés con fuerte acento de Bowery, tuve bastante con dos palabras para revivir en la memoria y en la desdicha de los hombres mientras sigan poblando este planeta tantas veces condenado por profetas o fabricantes de armas. Sin ir más lejos...”.

No lo dejé ir más lejos porque, no siendo cobarde, soy prudente. Levanté una mano pidiendo suspenso, dije perdón con una sonrisa y fui escondiendo todos los animales más o menos

domésticos que me acompañan en mi soledad. Regresé con mis anteojos de pesca submarina, asegurados contra mordiscos oblicuos de tiburón y contra “cría cuervos que te sacarán los ojos”, y continuó la forzada entrevista que, sin que se enterara mi visitante, fue grabada en su totalidad. Entonces noté que el cuervo tenía manchas verdes en un ala y amarillas en la otra. Él interpretó mi mirada y dijo:

—Una verdadera estafa del tintorero. Me aseguró teñido indeleble y bastó el chubasco para desmentirlo. ‘

—¿Y por qué quiso teñirse?

—Ah, esa es otra historia. Después le explico.

Las parrafadas sobre la teoría de la composición que él audazmente sostenía haber dictado a Poe fueron copiadas y hoy están en poder de la revista literaria *Ápice*. No sé si las publicará. En cuanto a las penas amorosas que tuve que soportar esa noche, las dirigí a una revista del corazón que promete pagarme una millonada desplumada. Porque en esta verídica historia corresponde un papel fundamental a un cuervo hembra.

Dijo el cuervo:

—En aquella también fosca medianoche yo no tuve intención de molestar a Mr. Poe. Simplemente busqué cobijo para huir de agua y viento, así como para evocar mi terrible pena. Porque horas o minutos antes mi cuervita me había dicho: *Never more* y me sacó del nido a picotazos. Esas dos palabras quedaron impresas en mi cabeza y en mi pico. Olvidé las demás, y durante mucho tiempo mi discurso quedó mutilado. Volé muchos países buscando consuelo inútilmente. Ahora, en procura de alivio y olvido, estoy dedicado a las bellas letras. Pero nada de escribir. Jamás. Soy crítico literario.

Al oír eso llegué hasta mi escritorio de un solo salto y volví con el grueso maletín donde guardo narraciones, ensayos, dramas en verso y en jornadas, poesías vacías, artículos periódicos. Todo hermanado por su alta calidad y la irreductible voluntad ajena de permanecer inédito.

Vi el resplandor de sus ojos y, sin haber muerto, clavó el pico en el maletín.

—Esto —dijo—. Estas hojas agredidas por la audacia. Aunque indignantes, son buen remedio para la melancolía. Y le confieso, aunque parezca un vicio vergonzoso, que las prefiero así, crudas, pero tiernitas, como si acabaran de escapar de muchas noches de trabajo de cualquier ser al que llamaremos autor.

Nada sabía yo de los antecedentes del pajarraco, pero comprendí que había tenido tiempo para aclimatarse, porque se puso solemne, habló de congresos, mesas redondas y recitales poéticos. Más ambiguo que un político, no pude saber si aprobaba o reía silencioso.

Dijo el cuervo:

“Comencemos, señores, por la novela. Aquí me es forzoso hacer un paréntesis para recordar un hecho histórico. Muchos siglos atrás, el país de los goliats tuvo noticia de que el país de los liliputienses no estaba civilizado. O que, por ignorancia o maldad, continuaba civilizándose de una manera distinta, dolorosamente heterodoxa. Así que los goliats fueron obligados a civilizar ortodoxamente a los liliputienses. En nombre del Dios que habían elegido, pero nunca consultado sin transitar vicarías cómodas”.

Nunca se supo o ya se olvidó quiénes fueron los vencedores. Tucídides nos cuenta que los goliats emplearon todos los artificios asesinos de que disponía su civilización. Los liliputienses se defendieron sin otras armas que la inteligencia que habían estado heredando milenio tras milenio: poblaron la tierra de agujeros y exactamente en el centro de cada uno clavaron una estaca tan vertical como afiladísima. Los disimularon con ramas y hojas y se escondieron en sus chozas y se hundieron en su antiqüísima paciencia para esperar.

«Papiros de lectura trabajosa tratan de informarnos de cuántos goliats de fuerte pisada resultaron ensartados. Esto ya no interesa. Pero comparo esos pozos dramáticos con la novela. Los pozos novelísticos tienen, además, un temible poder de atracción. Consulte catálogos, librerías, publicaciones culturales y comprobará la preocupante cantidad de personas que, no satisfechas con haber descollado en sus respectivas profesiones,



Sin título. Dibujo, 34,5 x 23,5 cm, 2011

pisan en falso y caen en el foso de la novela con lamentables consecuencias. Y hasta hay algunos que reinciden. El resultado es que estos personajes, dañados por la dicha estaca, inventan a su vez personajes dañados. Y, como es inevitable, estos se enamoran. Si el adorado objeto sin fisiología es rubio, la solución es simple. Sus cabellos serán siempre de oro sin precisión de quilates. Ya el mismísimo Quevedo escribió: “El cabello más dorado”. Es tonto pero no ofende. Pero si el botarate se enamora de una morena, dirá sin remisión: su cabello, negro como el ala del cuervo. Esto me resulta intolerable. Llegó la explosión cuando leí, traducción castellana, que en la segunda página de *París era una fiesta*, mi ex amigo Hemingway mezcla sin rubor, él también, cabellos con alas de cuervo. Por eso procuré teñirlas; y que busquen negrura en sus propias almas».

Dijo el cuervo. Y en ese momento los restos de la tormenta abrieron con furia la ventana, lo que aprovechó el pájaro protervo para huir llevándose el maletín pesado de tesoros. Ahora, día tras día, noche tras noche, espero recibir sus noticias, su inapelable juicio crítico.

(Julio de 1985)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, pp. 319-323

Incursiones en Faulkner

Hace tiempo y allá lejos pude mantenerme vivo durante un año haciendo traducciones. Durante doce meses tuve techo y alimento. Pero nada más. Debo considerar también la felicidad de no tener que cumplir un horario, salvo los que yo mismo me marcaba y muy raras veces cumplía. Poco quedaba de esa felicidad cuando se acercaba la fecha en que me había comprometido a entregar la traducción. Entonces, como hacen muchos estudiantes en el día anterior al terror del examen, se imponía un día con su noche y la ayuda de la bencedrina.

A un amigo le encargaron la traducción de cuentos de Faulkner. Le pedí que me dejara traducir “Todos los pilotos muertos”, para mi placer y sin cobrar nada. Como este cuento es mi favorito de entre todos los que escribió Faulkner, encaré mi tarea con mucho respeto. Traté de conseguir traducciones anteriores y me encontré con una en castellano bonaerense, muy mala. También había otra en francés con errores insoportables y que alteraban la psicología del personaje. Poco tiempo después me dediqué a rastrear algunas de las infamias que se habían hecho al traducir obras del genial norteamericano. Comienzo con Lena, muchacha tan fácil de querer. Ningún esfuerzo es necesario para verla caminar kilómetros de caminos polvorientos desde el profundo sur hasta el profundo sur. Lleva, indomable, el peso de un feto de varios meses y debe

encontrar al padre de su hijo. Calcula dar a luz en el mes de agosto y recuerda, con restos de dulzura, por qué.

Así, Guillermo de Torre en la editorial Losada se encontró con que una traducción literal del título, *Luz en agosto*, resultaría confusa para los lectores. Se inclinó entonces por *Luz de agosto*, aunque la luz de este mes en Buenos Aires, donde estaba la editorial, es gris y tristonera. Agosto se soporta porque antecede a septiembre y su primavera.

De todos modos, luz de cualquiera de los doce meses se puede titular algún libro inédito de poemas.

Prosiguiendo con mis recuerdos, me encuentro ahora con un libro llamado, en su primera traducción al castellano, *Intruso en el polvo*. Hay, a propósito, una divertida anécdota. Cuando Faulkner fue descubierto en Europa, sus compatriotas sospecharon, sin mayor entusiasmo, que en su país existía un gran escritor. Faulkner empezó a divertirse cambiando los títulos de sus libros, y así *Intruder in the dust* también se llamó *Flags in the dust* y, ya más seguro de la aceptación de su talento, alteró también el título de algún cuento.

La novela *The stealers* (*Los ladrones*) se llamó *The reavers*. Pero a Faulkner le gustaba más deletrearlo en un escocés arcaico: *The reivers*. De cía: “Esto suena más fanfarronesco que *reavers*, que es la palabra americana que significa lo mismo, pero resulta más suave, demasiado parecido a *weavers*, urdidores de cuentos”.

Luego de la publicación de *The reivers* solía decir: “Generalmente, mis lectores se quedan perplejos con el contenido de mis libros. Esta vez solamente se quedarán perplejos con el título”.

Cuando alguien le preguntó por qué hacía eso, dijo que estaba harto de que muchos de sus compatriotas dijeran que no habían entendido algunas de sus novelas y que estaba más que harto de aconsejar que las leyeran otra vez. Ahora, por lo menos, se preguntarían qué querría decir ese título.

Intruder in the dust fue traducido en Buenos Aires como *Intruso en el polvo*. Con gran expectativa, compré el libro convencido de que asistiría a la caída de algún intruso derrotado y mordiendo el polvo.

Pero nada de eso había en el libro, ya que el traductor había interpretado la palabra *dust* de acuerdo con la primera acepción que ofrecía el Appleton o diccionario equivalente. No tuvo paciencia para encontrar una línea más abajo que *dust* también quería decir pelea, riña, polvareda. Señalo que como novela es bastante floja y que está llena de la maldita buena intención. Pero lo que quiso decir Faulkner en el título y en el texto fue que el norte no debía intervenir en el problema blanco-negro del sur del país. Prometió, sin mayor esperanza, que algún día o año situado en el infinito, los blancos y los negros sureños darían fin a sus diferencias y todo terminaría en un fraternal abrazo, final feliz.

Leí dos versiones en idioma castellano de *The reivers*. Una se llamaba *Los ladrones*, otra *Los rateros*. En una de ellas volví a encontrarme con el prostíbulo de Miss Reba. Ahora ya no estaba ahí Popeye, a quien le había hecho el verdugo un peinado casi instantáneo. Recuerdo que en cambio había un negro alto y robusto que, según creo, tenía el vientre cruzado por una gruesa cadena de reloj. Además, era el *manager* de un adolescente que ostentaba el récord de hacer el amor muchas veces en un solo encuentro. El negro aceptaba desafíos con los pupilos de otro *manager*. Se hacían apuestas por dinero, hasta que un triste día, por ambición del negro y por vanidad de su pupilo, este fracasó de forma lamentable.

En otra versión, no recuerdo haber encontrado ni *manager* negro y tal vez ni siquiera a Miss Reba y su hospitalaria casa.

Desconozco si esta amputación en una de las dos versiones es culpa del traductor o de instancias superiores. Confío en que algún día me lo explicarán.

Y para terminar por ahora, recuerdo que en la traducción firmada por Borges de *Palmeras salvajes* en la parte llamada “El viejo” se dice al final que el penado alto, luego de escuchar las peripécias que el Mississippi le impuso a su compañero de prisión, resumió su opinión en una sola palabra: mujeres.

Muchas veces, cuando me cuentan alguno de esos pequeños disturbios aldeanos provocados por una dulce señora o señorita,

me he limitado a comentar la anécdota o chisme repitiendo:
“Mujeres, dijo el penado alto”.

Pero hoy, al documentarme muy severamente para escribir este artículo, descubro que la totalidad del comentario del penado alto fue:

-Women shit.

Con perdón de Borges.

(Abril de 1991)

Tomado de *Confesiones de un lector*, Alfaguara, Madrid, 1995, 349-353



*Grabado Felipe Navarro 10/11
9/11*

Sin título. Grabado, 49 x 34,5 cm, 2011

Un recuerdo de Onetti

Antonio Muñoz Molina

Cuando se ha vivido muchos años en la misma ciudad uno tiene a veces la sensación de cruzarse con una versión muy anterior de sí mismo, un fantasma al que le costaría trabajo reconocer si de verdad pudiera verlo. Yo paso con mucha frecuencia, en Madrid, por la acera de la avenida de América donde está el edificio en el que vivió hasta su muerte Juan Carlos Onetti, y siempre me acuerdo de la mañana de hace casi veintidós años justos en que vine a visitarlo. Junto a esa acera ancha delante del portal bajé de un taxi, llevando una bolsa de viaje, porque había pasado en Madrid poco más de un día y en apenas unas horas tenía que salir camino del aeropuerto. Solo unos días antes había ido de Granada a Lisboa. Volvería a Granada esa misma tarde. Vivía entonces a rachas un aturdimiento de viajes y no sabía que me estaba aproximando a una frontera invisible del tiempo que iba a cambiar con igual fuerza mi vida y mi literatura. Aquella acera, el paisaje del tráfico hacia el aeropuerto, el mareo de la falta de sueño, los veo ahora en el recuerdo como indicios seguros de lo que ya había cambiado sin que yo lo supiera. Me detuve delante del portal con mi bolsa en la mano

y comprobé de nuevo la dirección que llevaba apuntada. En unos minutos, después de un trayecto breve en ascensor, iba a encontrarme con Onetti.

La tarde anterior una señora muy amable, con ojos claros y acento porteño, se me había acercado al final de un acto literario. Me dijo que era Dolly Onetti. “A Juan le gustaría que vinieras a casa mañana”. Todo me sucedía al mismo tiempo, en un mareo de emociones simultáneas. El acto en el que yo había participado, junto a Enrique Vila-Matas y el poeta Juan Luis Panero, era un homenaje a Adolfo Bioy Casares. Acababa de conocer a Bioy y de experimentar por primera vez su generosa cortesía, y de golpe se me presentaba la oportunidad de encontrarme también con Onetti al cabo de unas pocas horas.

Los dos, cada uno a su manera, venían siendo, junto a Borges, mis maestros más queridos en la literatura en español: los que hacían resonar las cuerdas más hondas de mi imaginación literaria, los que modelaban mi manera de entender el oficio de escritor. En Bioy estaba la delicadeza irónica, en Onetti el desgarró, la pura poesía de contar lo que de tan doloroso o tan arrebatador casi no puede ser contado. De otros escritores de América Latina a los que admiraba por sus novelas me alejaban sus figuras públicas, demasiado oficiales, demasiado adictas a los protocolos. De Onetti y de Bioy me gustaba la intensa sensación de privacidad que desprendían. Para eludir las ocasiones de hablar en público Bioy decía: “Yo soy escritor por escrito”. En cuanto a Onetti, vivía retirado legendariamente en aquella casa en la que yo iba a visitarlo, como en un exilio en el interior de otro exilio, sin levantarse de la cama, fumando y sorbiendo whisky y leyendo novelas de misterio.

El corazón me latía muy fuerte cuando salí del ascensor en el último piso y llamé a la puerta. Me abrió Dolly, con su sonrisa grave de bienvenida. Las estanterías del pequeño comedor estaban llenas de libros, casi todos en ediciones de bolsillo muy usadas, muchos de ellos novelas policiales. El comedor lo recuerdo en penumbra. En la habitación donde estaba Onetti había una fuerte luz matinal. Una ventana con macetas daba a

una terraza y a los tejados de Madrid. Onetti me recibió echado en la cama, en pijama, un pijama azul claro como de la Seguridad Social, en una postura forzada, de costado, apoyado en un codo. Tenía la piel pálida y enrojecida, y una barba escasa. Como no llevaba gafas resaltaban más sus grandes ojos saltones, esos ojos de pena o de tedio abismal que se le veían en las fotos.

Se apoyaba en un codo y en la otra mano tenía el cigarrillo. Era una mano de dedos muy largos, el índice y el corazón manchados de nicotina, una mano desganada que desde muchos años atrás no había hecho más esfuerzo que el necesario para sostener vasos y cigarrillos, una de esas manos que se doblan y caen como desfalleciendo desde la muñeca.

En la pared, detrás de la cabecera, había fotos y recortes, pegados con chinchetas o cinta adhesiva. En la mesa de noche cabía apenas un cenicero inseguro junto a una pila de novelas. Onetti estaba acatarrado y oía con dificultad. De vez en cuando, cuando no conseguía escuchar algo que yo le había dicho y se adelantaba un poco para oírme mejor, le cruzaba por la cara un gesto rápido de impaciencia, como de rencor contra la vejez. Hablamos sobre todo de Faulkner y de Nabokov. Le gustó que le contara que cuando yo era muy joven, en una época en la que costaba mucho encontrar libros suyos, había robado *El Astillero* en la casa de alguien. Cuando mencioné que la tarde anterior había estado con Bioy dijo, con un desdén rioplatense en el diminutivo: “Adolfito”. Onetti era muy radical políticamente, muy consciente de las diferencias de clase. Pero no le costó nada reconocer que Bioy había escrito al menos una obra maestra, de la que habló enseguida con entusiasmo, *El sueño de los héroes*.

Bebía de vez en cuando un sorbo de un whisky barato con agua. Bebía y fumaba. Yo llevaba en mi bolsa de viaje una botella de whisky de malta que había comprado en el *duty free* del aeropuerto de Lisboa. Le pedí permiso a Dolly para dejársela como regalo. Ella asintió, encogiéndose de hombros: “Así por lo menos beberá algo de buena calidad”.

De modo que bebí whisky de malta con Onetti a las doce de la mañana, en ayunas, y el mareo inmediato acentuó la

irrealidad de aquellas horas, el tiempo en suspenso de la conversación, en la que se me insinuaba poco a poco la urgencia de marcharme para no perder mi avión a Granada. En aquel anciano enfermo, anclado en su deterioro físico, había una lucidez intacta y algo que yo había encontrado siempre en su literatura, y que había tenido desde muy joven sobre mí un efecto parecido al del whisky a media mañana y al fervor secreto que llevaba conmigo ese día de noviembre: el desengaño de la vida y el amor por la vida, la propensión a una tristeza sin alivio y al mismo tiempo a una ternura pudorosa y sin límite. La indignación lo reanimaba. Renegó de los obispos españoles y de su afición a invadir el derecho a la felicidad sexual de la gente. Le pidió a Dolly que me diera el primer volumen de la biografía de Faulkner de Joseph Blotner. “¿Y por qué no los dos?”, dijo Dolly. “Para que así tenga que volver”.

Pero ya se me acababa el tiempo, y él estaba cansado. Por timidez, por miedo a importunar a un hombre enfermo, ya no volví nunca. Lo que recuerdo exactamente, veintidós años después, es su mano débil apretando la mía en la despedida, y las palabras que me dijo: “Es lindo sentirse amigo”.

Tomado del periódico *El País* (España).



Sin título. Pintura, 75 x 74,5 cm, 2021

Andrés Felipe Henao Contreras

- Mastro en Artes Plásticas, Universidad de Antioquia, 2018
- 2010: Trabajo Manual de la Madera, curso de talla: Servicio Nacional de Aprendizaje, Sena, Medellín
- 2011: Cuidados básicos, instrumentos de cuerdas frotadas. Escuela Boston (Evento de Divulgación Tecnológica), Sena, Medellín
- 2011: Cuidados básicos, instrumentos sinfónicos. Red de Escuelas de Música (Evento de divulgación tecnológica), Sena, Medellín
- 2013: Curso de elaboración de guión, Corporación Cinefilia, Medellín.
- 2020: Chinese for Beginners (Curso COURSERA), Peking University, China.

Exposiciones individuales

- 2019: “Sociologismos y neoclasicismos”, Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Exposiciones colectivas

- 2021: “xx Festival Internacional de la Imagen-Inter/Especies. Paisajes sonoros”, Universidad de Caldas, Colombia.
- 2020: “Festival Urbano de Música y Artes”, Video Expandido, Bogotá, Colombia
“Encuentro: Artistas grabadores”, Fundación Angela Gomez para las Artes, Medellín, Colombia.
“Muestra Internacional Sonora #HD19” , Media Lab UFG Brasil, Grupo de Investigación HOLOS USP Brasil, Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, Medellín, Colombia.
- 2019: “Feria de Arte & Diseño”, Galería Paul Bardwell, Colombo Americano de Medellín
“Domesticaciones y Cuidados”, Sala de Exposiciones, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia.
- 2018: Muestra de grado “Interzonas”, Edificio Antioquia, Medellín, Antioquia.
- 2017: “Ecologías digitales”, Enencuentros con la animación, Grupo de Investigación Hipertrópico, Facultad de Artes, Universidad de Antioquia, Medellín
“Feria de Arte & Diseño, Heartist”, Colombo Americano, Medellín, Colombia
- 2015: “Angustias transitorias” dibujo y pintura, Sala de Exposiciones de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia. “Grabado”, Museo El Castillo, Medellín
- 2013: “Grabado”, Museo El Castillo, Medellín, Colombia
- 2012: “Ecologías digitales”, Grupo de Investigación Hipertrópico, Facultad de Artes Universidad de Antioquia.

La diversidad de la vida en la obra de arte

La obra pictórica de Andrés Henao es cambiante como la vida misma, que no se atiene a una sola manera de ser ni de estar dondequiera que se presente. A juzgar por lo que hoy piensa el artista, y en lo que está haciendo para llevar a cabo su obra, producto, como digo, de sus distintas palpitaciones, se diría que lo gana con gran fuerza la filosofía, la lingüística y la ciencia, tres baluartes que, en buena medida, mueven el mundo, la vida de los seres humanos. Digo lo anterior, porque en una reciente exposición de sus obras más inmediatas, los organizadores y el artista, al alimón, sin duda, escribieron:

El arte neurofísico es en constitución del artista Andrés Felipe Henao un marco hermenéutico y personalista, en que, por medio de problemáticas contemporáneas lingüísticas y de la representación trata de abordar distintos temas. Uno en el cual está inmerso es el subconsciente y el superyó, como motores de conciencia; de estados yoicos y del ego, hasta llegar al punto de abordar una problemática psicosocial. En tanto que lo hermenéutico del artista aborda un tema que tiene que pasar por la educación, su trabajo implica instancias como la casa o metáforas de vida, como es el colchón, en tanto que lo personalista está compuesto de una forma intracultural, como el humor, que implica el acto sociomático y

relacional de vincular todo estado de conciencia en la obra misma. En tanto que la vida en Andrés Henao llega al punto o forma psicológica que implica ontológicamente el ser; un ser que está inmersos en un flujo irónico de la nada epistemológica, en el que se piensa determinaciones metafísicas respecto al *dasei* y lo *buan* y la epistemología.

Algo se puede colegir de esta ardua disquisición que, sin embargo, deja en claro que los intereses artísticos actuales (viendo lo que hay aquí) de Andrés Henao distan bastante, al menos en su concepción, de sus años de experimentación formal, mientras se formaba, que es lo que queremos mostrar en esta publicación. Dibujos, grabados y pinturas, a veces abstractos, a veces figurativos, pero siempre cuidadosos, denunciando de un gran orfebre, de un muy buen ejecutor, de un artista que muestra lo que ve, que se vale de la honestidad de su mirada para mostrarnos su obra pictórica.

Abstracciones a veces, a veces figuraciones que denuncian (en el sentido de evidencia) diversas situaciones del diario vivir; personajes que no delatan nada extraordinario, cuerpos bellamente plasmados, ciertos quiebres de lo estrictamente formal, que contribuye, en mucho, a una mayor recreación (la innegable ambivalencia) de lo que, simplemente, es.

Luis Germán Sierra J.



Imprenta
Universidad de Antioquia

— DESDE 1929 —

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108. Bloque 28, primer piso

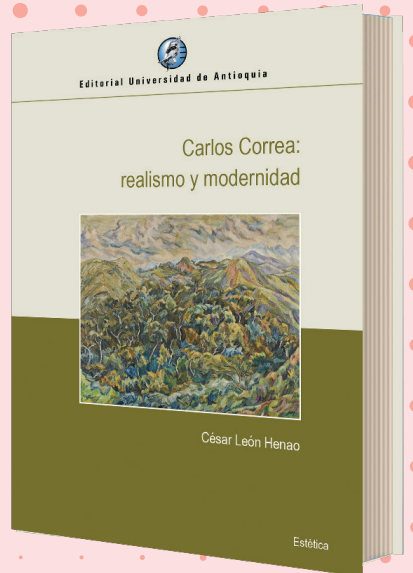
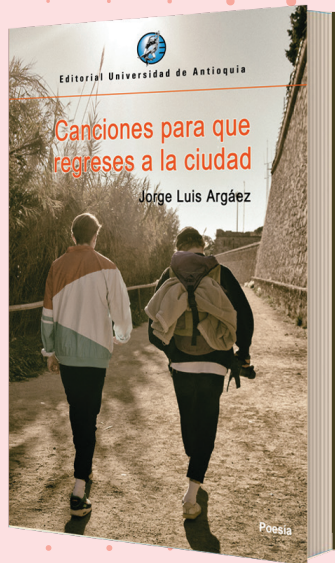
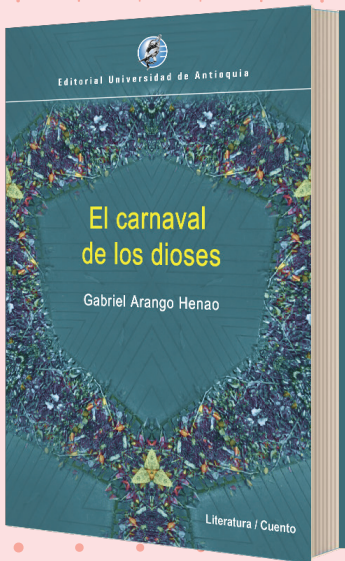
(+57) 4 219 53 30 | 219 50 13

imprenta@udea.edu.co

Medellín, Colombia



Editorial
Universidad de Antioquia®



 @editorialudea

Ingresa a editorial.udea.edu.co
para encontrar más

UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA